

Barandiarán, aunque de su puño y letra, parece escrito bajo fuerte influencia de este último⁸¹. El paralelismo que HR establece entre la bina Múgica-Vidal i Barraquer y Aguirre-Companys me parece, por ello, excesivo.

La contestación del cardenal Gomá al canónigo Alberto Onaindía, después del horrible bombardeo de Guernica, era desde luego insuficiente. Pero la lectura íntegra del texto de ambas cartas, quizás permite que la carta del cardenal no parezca escrita tan «friamente»⁸².

Ni Gomá ni Modrego concedieron a Aita Patxi licencias *escritas* para celebrar la eucaristía. En mi opinión habría que añadir que no tenían competencia alguna para hacerlo. Sólo el 9 de enero de 1937 comunica la Santa Sede a Gomá poderes extraordinarios y provisionales para la organización de los servicios castrenses. Pero es el decreto n.º 270, firmado por Franco el 6 de mayo de 1937, el que confiere a Gomá competencia para dar licencias a las categorías de presbíteros enumeradas en el artículo 1.º del mencionado documento. Estimo, pues, que las licencias escritas que le concede Eijo y Garay, se las concede como obispo territorial.

El libro de HR nos muestra lo cortante que fue el «filo de la navaja» de la guerra civil. Estas modestas notas desearían que ese filo dejara de ser cortante.—ALFONSO ÁLVAREZ BOLADO, S.J.

LAMET, PEDRO MIGUEL, *Díez-Alegría. Un jesuita sin papeles. La aventura de una conciencia* (Temas de Hoy, Madrid 2005), 478p., ISBN: 84-8460-422-5

Quien escribe estas líneas tuvo el gusto de conocer personalmente a José María Díez-Alegría en una mesa redonda en la que tomó parte este insigne religioso del siglo xx español, al que todavía hoy, a pesar de haberse adentrado en una edad muy avanzada, seguimos disfrutando entre nosotros. Y puedo decir que el Díez-Alegría que allí conocí, hace ahora unos seis años, lo he reconocido ampliamente en esta biografía: un hombre sencillo, inteligente, sumamente austero y con una profundidad espiritual difícilmente negable. Todo ello dentro de una obra que, concebida de manera peculiar (a caballo entre la biografía y el relato personal), pone de manifiesto la sobresaliente capacidad de Pedro Miguel Lamet en un terreno (la Historia) que no es propiamente el suyo, pero donde puede decirse que ha abierto ya con sumo acierto su propio surco. En realidad, si hay una crítica que se puede hacer a este jesuita gadita-

todas sus fuerzas auxiliares», p.413; «Donativos que han sido entregados en visita personal al Gobernador Militar de la Plaza, General García Benítez, el día 26 del corriente (agosto), para el Ejército salvador de la Religión y de España...»; o en el *Boletín* del 15 de septiembre, «Alocución de vuestro obispo», certificando la autenticidad del documento pastoral radiado el 6 de agosto, e.d. la carta firmada por Múgica y Olaechea.

⁸¹ Según confidencias de Barandiarán a Ander Manterota, que éste a su vez nos comunicó a Joaquín Perea y a mí.

⁸² HR señala claramente dónde pueden encontrarse ambos textos en la edición crítica de los Documentos de Gomá, realizada por de J. A. Gallego y Antón M. Pazos, cf. nota 25.

no, es que su abrumador trabajo hubiera podido dar como fruto no un libro, sino dos: un primero en el que él relatará la vida de Díez-Alegría añadiendo y contextualizando las circunstancias históricas en que se desarrolla esta vida, y un segundo que fueran en sentido estricto las memorias de este célebre sacerdote.

En ese sentido, la vida de Díez-Alegría nos permite recorrer los momentos más importantes no sólo de la Iglesia en España durante el siglo xx, sino también de la propia Historia de nuestro país. Porque Díez-Alegría conoció de primera mano la caída de la monarquía de Alfonso XIII y su sustitución por la II República; la legislación anticlerical de la Constitución de 1931, plasmada, entre otras cosas, en la disolución de la *Compañía de Jesús*, a la que él ya pertenecía en ese momento; la terrible experiencia de la Guerra Civil, una lucha fratricida que contó con un virulento rasgo de persecución religiosa; el restablecimiento de la orden ignaciana y su reinserción en una sociedad marcada por los proyectos de restablecimiento de la confesionalidad católica del Estado español y, en definitiva, por la *recatolización* del país; los intensos debates del Concilio Vaticano II, que llevaron a un auténtico «aggiornamento» de la Iglesia universal, fenómeno al que presentaría gran resistencia el catolicismo español; la muerte del General Franco y con ello el inicio de una transición a la democracia en la que las incertidumbres fueron muchas y muy importantes; y, en fin, una consolidación de los derechos y libertades fundamentales en una sociedad que sufre hoy un excesivo proceso secularizador. Todo esto lo ha vivido Díez-Alegría, y además podemos decir que de manera muy intensa, de modo que, cuando leemos su biografía, nos damos cuenta hasta qué punto su vida es la de una persona que, como tantos españoles, hubo de superar numerosos obstáculos hasta llegar al momento actual.

José María Díez-Alegría, así se nos cuenta en el libro, nació en un ambiente propicio para su vocación religiosa, ya que sus padres eran ambas personas muy piadosas. Aunque sus dos hermanos varones preferirían seguir el camino militar (uno de ellos, Manuel, sería uno de los generales más importantes y destacados tanto de las postrimerías del franquismo como de los primeros tiempos de la democracia), José María sintió pronto una vocación sacerdotal donde sería muy importante los buenos «conductores» de dicha vocación que encontró en el camino. Éstos se apercibieron rápidamente del evidente talento de Díez-Alegría (que sería un brillante estudiante universitario) y le invitaron a ingresar en la *Compañía de Jesús*. Se avecinaban, sin saberlo, tiempos muy turbulentos, en los que fenómenos como la «quema de conventos» de la primavera de 1931 debieron dejar muy impactado a un todavía muy joven Díez-Alegría. A través de un exhaustivo recorrido, Lamet nos cuenta, por boca de su autor y por su propia pluma, el tiempo que nuestro biografiado pasó en Bélgica, un duro exilio para unos jesuitas que habían constituido el precio de la «transacción» durante los debates constitucionales. Pero no todo fueron cosas malas durante aquellos tiempos, ya que fue también durante la II República cuando conoció a lo que Lamet llama el «alter ego» de Díez-Alegría: el también jesuita José María de Llanos, quien un día de 1955 decidiría trasladarse al suburbio del Pozo del Tío Raimundo (Madrid) para llevar a cabo su tarea apostólica.

El autor utiliza para dar solidez a la narración testimonios no sólo del propio Díez-Alegría, sino también la de destacadas figuras de la *Compañía de Jesús* en España durante las últimas décadas, como el canonista José María Díaz Moreno. También aporta interesantes cartas, entre ellas varias de quien fuera Prepósito General de la

orden ignaciana (el vizcaíno Pedro Arrupe), que vienen a dar solidez a la obra. Lamet aprovecha este libro para romper con esa idea tan difundida de que Arrupe se había mostrado débil y poco expeditivo en el gobierno de la *Compañía de Jesús*: las cartas dirigidas a Díez-Alegría prueban, ciertamente, que esto estuvo lejos de ser así.

En ese sentido, parece evidente que hay un antes y un después en la vida de José María Díez-Alegría. Y ese punto de inflexión lo constituye la publicación del libro *Yo creo en la esperanza*. Parece difícil, a la luz de los comentarios vertidos por Díez-Alegría, creer que el jesuita no sabía el terreno tan espinoso en el que se estaba adentrando. Desde esa perspectiva, da la impresión de que el teólogo quería poner a prueba la evolución religiosa proclamada por el Concilio Vaticano II. Habían transcurrido más de cinco años desde la finalización del mismo y las espadas entre aperturistas y conservadores se encontraban todavía en lo más alto. Pero es que, además, y el propio Díez-Alegría lo reconoce, sabía perfectamente que la publicación de ese libro no podía seguir los cauces oficiales, ya que la censura acabaría frustrando su salida a la calle. De ahí que la reacción de Arrupe al ver el libro publicado sin haber tenido información previa sobre el contenido del mismo le hiciera escribir una carta a Díez-Alegría (15 de enero de 1973) marcada por la perplejidad y, también, por el dolor: pensaba que el sacerdote de su orden se había aprovechado en exceso del depósito de confianza que aquel había depositado en él. En todo caso, parece evidente, a la luz de lo escrito por Arrupe (como decimos, una de las grandes aportaciones del libro), que quien fuera Prepósito General durante una de las etapas más convulsas de la Historia de la *Compañía de Jesús* (la de la década y media posterior al Concilio), era un hombre con un marcado espíritu abierto y voluntad de diálogo, no exento de capacidad para imponer su autoridad pero sólo cuando fuera estrictamente necesario (para él debía resultar esencial el sostenimiento de la pluralidad intelectual que siempre ha distinguido a los jesuitas).

El proceso que siguió a la publicación del libro, y que concluyó con la excomunión de Díez-Alegría, es seguido con todo detalle por Lamet. Llama la atención, en ese sentido, lo que el periodista llama «cierta ingenuidad» de Díez-Alegría, en el sentido de que él realmente esperaba ser readmitido en la *Compañía de Jesús*. Lo cierto es que, a partir de entonces, comenzaría una nueva y original etapa en la vida de este sacerdote y teólogo, marcada por el regreso a Madrid tras una larga estancia en Roma y por su incardinación en la diócesis de Segovia, gobernada en ese momento por el aperturista Antonio Palenzuela. En realidad, cuando uno sigue el relato de Pedro Miguel Lamet, se percata rápidamente de que lo que podríamos denominar el *caso Alegría* se ubica en la multiplicidad de conflictos que hubo de vivir la Iglesia Católica española en el Posconcilio: crisis de identidad, contestación en el seno del clero, división teológica, politización de la fe, etc. La peculiaridad del caso de nuestro biografiado reside en que constituía uno de los teólogos más relevantes del momento y en que era miembro de la orden religiosa más importante dentro de la Iglesia (la *Compañía de Jesús*), así como la pertenencia a una familia, la de los Díez-Alegría, que llegó a estar plenamente involucrada en la democratización de la vida política española.

Era precisamente esto, es decir, el tránsito de un sistema autoritario (Régimen de Franco) a uno plenamente democrático (la monarquía constitucional encarnada en la persona de Juan Carlos I), lo que marcaría la siguiente etapa vital de Díez-Alegría.

Parece difícil negar, a la luz de lo escrito por Lamet y de lo narrado por el propio teólogo jesuita, que éste quiso apoyar el proceso de cambio y que rápidamente se ubicó en lo que se llamaron los «curas rojos» (Mariano Gamo, Francisco García-Salve, el propio José María de Llanos), por cuanto este constituye un fenómeno necesitado de un análisis histórico detallado.

La monografía concluye con el relato de la última etapa vital de Díez-Alegría, todavía no concluida, pues el jesuita goza de una salud francamente vigorosa, en la que se puede entrever el lúcido pensamiento de un hombre con el que se puede estar de acuerdo o no, pero al que parece difícil negarle la gran coherencia que ha manifestado a lo largo de su larga vida entre su modo de vivir y su modo de pensar. Toda una personalidad para unos tiempos de cambio que, a pesar de los años transcurridos, siguen resultando de gran interés para la historiografía especializada en el tema.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GONZÁLEZ CHAVES, ALBERTO, *Rafael Merry del Val* (San Pablo, Madrid 2004), 248p., ISBN: 84-285-2710-5

Si ha habido un sacerdote español de especial relevancia a lo largo de la Edad Contemporánea, ese seguramente haya sido el valenciano Rafael Merry del Val (nos referimos a sus orígenes familiares, ya que nació en Londres). Teniendo en cuenta que la Iglesia Católica es una organización fuertemente jerarquizada y que no ha habido ningún Papa español desde hace más de cinco siglos (el último fue Alejandro VI, 1492-1503), entonces el hecho de haber tenido un Secretario de Estado perteneciente a nuestro país debe ser particularmente tenido en cuenta. A pesar de ello, la historiografía especializada en el tema prácticamente no ha prestado atención a la figura del Merry del Val, sin saberse muy bien las razones de ello. En realidad, la única biografía, escrita en castellano, realmente sólida, con la que contábamos hasta el momento sobre Merry del Val, era la del sacerdote de origen oscense Antonio María Javierre, cuyo libro vio la luz hace más de cuatro décadas (en 1965). Ahora el también clérigo Alberto José González Chaves ha querido realizar su propia contribución, que se ubica en una ya consolidada trayectoria, a pesar de su juventud (treinta y seis años), como especialista en biografías (ha escrito también sobre la Madre Maravillas de Jesús, el Padre Rubio, Santa Genoveva Torres Morales, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, «Don Marcelo» (Marcelo González) y Marcelo Spínola, e, incluso, sobre el mismísimo Juan Pablo II, precisamente su última contribución.

González Chaves no puede ser considerado, en ese sentido, un historiador profesional y probablemente él no pretenda serlo. Se trata tan sólo de meras deducciones, no sólo en función de su formación (básicamente teológica), sino también por el estilo utilizado a lo largo del libro. En efecto, González Chaves no busca realizar un análisis exhaustivo de la vida y obra de Merry del Val, pues, de hecho, no ha trabajado prácticamente la documentación de archivo, tan necesaria para la elaboración del relato histórico original. Ha redactado su obra a partir de fuentes secundarias, básicamente de tipo bibliográfico, porque seguramente su interés haya sido el de divulgar y no el de entrar en lo que es propiamente el debate historiográfico. De hecho, hay